

ARTISTAS EN EL EXILIO*

Joseph Horowitz es un conocido académico, crítico musical y escritor norteamericano, que ha dedicado buena parte de su obra al estudio de la música en los Estados Unidos, poniendo particular atención al punto de la “inmigración cultural”, centrando su atención en el análisis de la forma como la sociedad norteamericana se ha mostrado a lo largo del siglo XX capaz de aprovechar y de asimilar esa inmensa cantidad de talentos culturales (y científicos) que llegaba en busca de trabajo y de las oportunidades que no encontraba en sus sociedades de origen. Como se sabe, al lado de los miles de trabajadores manuales pobres o perseguidos que llegaron en un número significativo desde finales del siglo XIX buscando un destino mejor para ellos y sus familias, llegaron cientos de talentos que fueron la base del desarrollo de lo que en los Estados Unidos llegará a ser una de sus más productivas industrias –la industria cultural- y una de las formas más enriquecedoras de la imaginación y los sueños de gentes de todas partes del mundo. Hollywood, pero también el teatro, los espectáculos de diversiones, la canción popular, la literatura, etc., crecieron y ampliaron su radio de acción y difusión sobre la base de artistas y creadores de la más diversa condición y especialidad, llegados de muy distintas partes del universo, un hecho cultural que sigue siendo una constante hasta hoy en los Estados Unidos.

En su nuevo libro: *Artists in Exile*, Joseph Horowitz vuelve sobre sus principales focos de interés, pero concentrándose en los creadores que debieron abandonar sus países en el siglo XX por la guerra mundial (dos grandes guerras en muy corto plazo conoció Europa), por la quiebra de la democracia occidental europea –con las consiguientes persecuciones políticas y raciales que desencadenaron nazistas y fascistas- y por la asfixia que al pensamiento y a la cultura llevaron los regímenes comunistas en los países en los que se impuso ese tipo de sistema.

El foco de concentración de Horowitz se encuentra en este libro, como en sus otros trabajos, en la música –incluida la danza-, pero hay una extensión grande hacia el teatro (Stanislavsky y Brech por ejemplo), en una época en que por lo demás, el mundo del teatro no se había separado de la creación musical como parece haber ocurrido posteriormente. El caso de Hans Eisler, el compositor musical que trabajó por años con Bertolt Brech y que también debió huir hacia los Estados Unidos, recuerda esa unidad de teatro y música (llevada a su punto máximo en Europa por la ópera, pero no menos por la comedia musical, sobre todo en Estados Unidos).

Otras extensiones de la historia de intercambio cultural contada por Joseph Horowitz son posibles. Sabemos por ejemplo que resulta imposible comprender la implantación y las evoluciones más significativas de la pintura abstracta en los Estados Unidos y en el mundo entero sin la llegada a ese país de grandes creadores que venían de Alemania y de Rusia y que encontraron en universidades norteamericanas, en su sistema de museos y en sus formas de mecenazgo una oportunidad de trabajo y experimentación que en ninguna otra parte encontraban.

* A propósito de Joseph Horowitz, *Artists in Exile. How refugees from Twentieth-Century War and Revolution Transformed the American Performing arts*. New York, Harper Collins Publishers, 2007.

Lo mismo en el caso de la literatura y en el de las ciencias sociales. Así por ejemplo, sabemos que Estados Unidos se volvió el hogar de Instituto de Investigaciones Sociales, es decir lo que nosotros llamamos hoy en día la Escuela de Frankfurt y que sus universidades e institutos de investigaciones fueron el lugar de acogida de un número grande científicos sociales que venían de los países que hasta hace poco llamábamos de Europa Oriental –aunque no menos de Europa Occidental. Lévi-Strauss por ejemplo ha recordado en muchas oportunidades que fue en la Biblioteca Pública de New York en donde realizó su verdadera formación como etnólogo, al tiempo que encontraba cómo ganarse la vida dedicado a la enseñanza, lo que no podía hacer en Francia, por su situación política. Sí, la historia contada en este libro por Joseph Horowitz puede ampliarse y profundizarse, pero con lo realizado sobra y basta.

Tres puntos, relacionados entre sí pueden destacarse en esta historia que era relativamente conocida a través de los trabajos monográficos y sobre todo del trabajo biográfico y en la que aun se echa de menos un esfuerzo de síntesis que vaya más allá de los datos y que intente sacar conclusiones sociológicas de mayor alcance del material histórico examinado.

En primer lugar lo que tiene que ver con el problema de la “identidad musical” de los Estados Unidos, antes de los grandes momentos de la migración cultural moderna. Desde cierto punto de vista, habría que decir no que no existía tal identidad, sino que ésta era variada y no revestía la forma de una roca dura e impenetrable e imposible de modificar. Si en los Estados Unidos más que en muchas otras sociedades fue posible esa inmensa y creativa asimilación de un gran legado europeo continental, que terminó siendo luego el objeto de las más diversas combinaciones con la herencia africana y la herencia inglesa colonial, fue precisamente porque la llamada “identidad musical” no había sido constituida a la manera de una herencia intocable que definiera en términos absolutos y excluyentes a un “pueblo”, a la manera de un escudo protector contra toda “influencia” y contra todo cambio. Se trataba más bien de una herencia múltiple, apoyada en sociabilidades y grupos humanos muy diversos y que no había sido al parecer pensada a la manera de una “esencia idiosincrática”. La misma historia de las poblaciones diversas que habían constituido en su historia a los Estados Unidos, una sociedad que desde el principio ha sido hecha por las más distintas mezclas, ha facilitado el dinamismo de los procesos y ha hecho que las duras definiciones identitarias hayan sido sobre todo el patrimonio de pequeños pueblos tradicionalistas o de organizaciones civiles ligadas a movimientos de derecha, enemigos de la inmigración. Solo en años muy recientes se ha conocido en Estados Unidos el fenómeno, creado o respaldado por antropólogos y sociólogos, de definir en términos excluyentes y cerrados a los grupos sociales –grupos puros, que son la encarnación misma del África lejana, como se dice en el caso de los “afroamericanos”, de los que se recuerda mucho su herencia africana, pero muy poco su presente “americano”-.

En segundo lugar para destacar en el libro de Joseph Horowitz la manera como las nuevas formas musicales y los nuevos compositores e intérpretes llegados de Europa y de Rusia fueron una oportunidad más de ampliación y de democratización de la cultura, puesto que muchas formas artísticas y musicales que parecían ser patrimonio

de las élites y de los grupos intelectuales y que deberían mantenerse alejadas del disfrute amplio y popular, según las opiniones de los grupos más conservadores, fueron llevadas a escenarios amplios en donde pudieron ser objeto de escucha, de visión y de consideración por parte de toda clase de públicos, bajo la forma del teatro, del disco, del cabaret y sobre todo del cine. Aquí es necesario recordar la idea de Walter Benjamín de que todo testimonio de cultura es al mismo tiempo, y seguramente en grados diversos, un testimonio de barbarie, es decir que la vida social y cultural no avanza a través de formas “no contaminadas” y “químicamente puras”, pues sin Hollywood y sin Broadway, es decir sin la industria del espectáculo, de los sueños, del engaño y la diversión, ese proceso de ampliación y democratización cultural no habría tenido su lugar. Para referirse a esa industria de los sueños y la diversión, la sociología hace mucho tiempo forjó la noción de “industria cultural”, con la que quería recordar, contra el romanticismo sociológico, que el mundo mercantil también pasa por el terreno del arte y la cultura, y que las actividades espirituales están en las sociedades modernas inscritas en la misma red que cubre a las demás mercancías, lo que no anula al arte y a la literatura como potencias para la transformación y el disfrute espiritual, aunque nos recuerde la radical ambigüedad de su contexto -pero un contexto sin el que no existirían-. De manera particular *Artists in Exile* permite observar la importancia del cine no solo para la difusión de la música llamada clásica, que a través del “séptimo arte” conoció públicos mayores y se vio sometida a grandes transformaciones que antes que lamentar, habría que estudiar y a lo mejor que celebrar, sino también como oportunidad para elaboraciones musicales de gran originalidad y complejidad, bajo la autoría de nombres tan famosos y tan populares en el siglo XX como los de Aaron Copland, George Gershwin o Leonard Bernstein (entre otros), tres creadores cuyas obras o interpretaciones han llegado hasta el oído de miles de miles de oyentes que pueden con toda tranquilidad ignorar sus nombres, pero que han apreciado y disfrutado sus creaciones.

En tercer lugar, pero en la misma dirección anterior, *Artists in Exile* pone de presente el carácter histórico de las categorías y clasificaciones sociales con las cuales pensamos en particular la música y en general los fenómenos de la cultura en las sociedades modernas. Como se olvida a menudo, o simplemente se ignora desde siempre, parejas como culto/popular (en música diríamos música clásica/música popular) son sencillamente rótulos, designaciones históricas que las sociedades (sus hombres de letras, sus intelectuales y sus académicos) han ideado para dar cuenta de formas diferentes de creación y de circulación cultural. Se trata, por una parte, de una distinción muy reciente, imposible de encontrar en su uso social práctico antes del siglo XVIII. Una distinción que antes de cerrar los problemas debería abrirlos a la consideración del analista, pues recuerda otros órdenes de cambios sociales en curso en las sociedades modernas. Pero se trata también, por otra parte, de una distinción confusa, porosa, que separa campos que se han constituido históricamente ante todo por el préstamo, por las fusiones, por la interrelación de los elementos, por las mezclas, en una palabra por el mestizaje cultural, utilizada esta noción en su más preciso sentido. Se trata de distinciones y clasificaciones que hablan más bien de procesos diferenciales de apropiación (con materiales comunes y compartidos producir formas artísticas contrastadas) y en muchas ocasiones de procesos de expropiación (como ha sido mil veces recordado por ejemplo en el caso de la ópera, un “género” y expresión dramática y musical, que ha conocido las más diferentes formas

de circulación cultural y social (como lo recuerdan muchas de las escenas de *Amadeus* de Milos Forman), antes de llegar a ser considerado en ciertas sociedades como una actividad “elitista” o “burguesa”.

Pero junto con la música, el teatro y la danza se encuentran sus creadores, y no resulta posible ni adecuado separar a los creadores de sus creaciones y de la circunstancia histórica en que los procesos han tenido lugar. No olvidemos que se trata de “artists in exile”, es decir de gentes que dejaron su país no de manera libre y voluntaria, y tuvieron que ir a vivir a otra parte, aprender otra lengua, hacerse a otras gastronomías, a otros usos del cuerpo, en fin, a otros tipos de relación social. El libro de Horowitz tiene como epígrafe una frase –tal vez escrita en inglés– de Thomas Mann: “What today is the meaning of foreign, the meaning of homeland? ... When the homeland becomes foreign, the foreign becomes the homeland” y su libro, de una manera al parecer poco dramática, es recorrido por la pregunta por el “destino de los artistas transplantados”. Horowitz declara que “el traslado cultural y el acomodamiento” en una nueva sociedad son fenómenos que siempre lo han fascinado, por el enriquecimiento mismo que llevan a las sociedades, por lo menos en su perspectiva de análisis, y aunque el libro no tiene su punto más fuerte en el estudio del fenómeno del exilio como tal –formas de huida, redes de apoyo, trayectoria en la nueva sociedad, condiciones de recepción, etc.– sino que se concentra en el impacto de las nuevas obras y de los nuevos creadores en esa sociedad que los acogió, no hay duda de que el texto brinda muchas informaciones sobre el proceso mismo de asimilación y de integración en la nueva sociedad.¹ Los Estados Unidos parecen ser un tipo de sociedad que favorece la asimilación y que tolera, por lo menos en la vida de las grandes ciudades, una cierta diversidad y aun fuertes tendencias a la individuación, desde luego con el precio, no siempre molesto de la soledad, y a veces también con grandes retribuciones al trabajo creador, parte de las cuales se encierran en la frase “dejarlos vivir y morir en paz”, lo cual, en cierta manera, puede ser más que suficiente para un artista.

Aquí también desde luego el testimonio de la historia vuelve a ser de cultura y de barbarie. En cierta manera porque el libro trata de gentes que salieron adelante, que terminaron siendo triunfadoras, a pesar de las dificultades por las que debieron atravesar. Pero por el camino debieron quedar muchos tendidos sobre el piso, los que no tuvieron la energía insaciable que exige la llamada sociedad moderna para que alguien no se ahogue en el arroyo, no caiga de bruces sobre el piso a la mitad de la carrera, para que no tenga que pagar con el alto precio de su equilibrio psíquico los esfuerzos por encontrar un lugar en la sociedad. A los profetas les corresponde señalar la posibilidad de que otras formas sociales de vida, que dejen de lado el elemento insano de competencia y de codazo, puedan existir. A los sacerdotes les queda el papel de difundir el mensaje del profeta y ganar adeptos para la causa. Al historiador, apenas un cronista que con dificultad intenta “predecir el pasado”, tan solo le queda la opción de describir de manera

¹ Aspectos complementarios del proceso estudiado por Horowitz son estudiados en Emmanuel Loyer, en *Paris à New York. Intellectuels et artistes français en exil*. Paris, Grasset, 2005, y en Jean – Michel Palmier, *Weimar in Exile. Antifascist Emigration in Europe and America*. London Verso, 2006 –primera edición en francés en 1988–.

El proceso de intercambio cultural, visto como un aspecto esencial de la historia cultural de las sociedades modernas, tal como es presentado por Joseph Horowitz, no deja ninguna duda de la forma como la vida social y cultural de los Estados Unidos cambió y se enriqueció a partir de los elementos que los “inmigrantes culturales” aportaron. Pero más que un aporte en abstracto de las gentes que llegaron, lo que *Artists in Exile* muestra es la forma como a partir del intercambio y del diálogo, en el marco de instituciones de mercado y liberales, sin negar los elementos difíciles de la relación y del contexto político que la abrigaba, una sociedad pudo enriquecerse y aprovechar de manera mutua las variadas tradiciones que en el trabajo del arte y la cultura se encontraron, pues no se trata solamente de cómo los artistas europeos modificaron la escena artística de los Estados Unidos —la principal pregunta del libro—, sino también de cómo las tradiciones de ese rico mundo cultural que encontraron enriqueció y modificó la cultura de los que llegaron.

De manera aun más general, *Artists in Exile* muestra con toda claridad los beneficios inmensos que para las culturas y para las sociedades produce el hecho de que las gentes se interrelacionen, de que actúen en común y se mezclen, de que dialoguen en todos los niveles en que la actividad cultural lo permite y favorece, como tantas obras de pensamiento y tantas realidades culturales lo han puesto de presente una y otra vez, contra los ideales de pureza, de grupos separados, de identidades férreas definidas de antemano.²

Señalemos para terminar que todo ese proceso de enriquecimiento social, de modificación de escenarios y de contextos, de encuentros felices entre tradiciones fabricadas en el marco de experiencias históricas diversas, muchas veces espacial e históricamente desconectadas en principio, que es lo que aparece en el libro de Joseph Horowitz, recuerda la complejidad y variedad de elementos y herencias culturales del propio autor, quien en el Prefacio de su obra menciona que esa perspectiva de análisis que pone el acento en el intercambio cultural como oportunidad de enriquecimiento, le viene precisamente de su propia vida familiar presente y pasada, ya que su familia de origen y su actual familia, lo mismo que su experiencia de vida en los Estados Unidos y en Nueva York, son la prueba permanente y fehaciente de lo que ha querido explorar en su libro.³

Renán Silva.

² Véase de Serge Gruzinski, *El pensamiento mestizo* [1999]. Barcelona, Paidós, que nos aparece como la realización más cumplida de una forma de pensamiento “mestiza”, que produce sus categorías a partir de lo que la realidad indica exactamente como su camino y funcionamiento: las mezclas y los mestizajes, de tendencia universal, desde 1492.

³ Otras obras de Joseph Horowitz que han llegado a ser referencias de primera importancia dentro y fuera de los Estados Unidos son *Classical Music in America: A History*; *Dvorák in America: In Search of the New World*; *Wagner Nights: An America History*, y *Conversations with Arrau*.